

• Entrevistas •

Entre vista y vista. Entre ahora y luego

• María Figueroa •

Instituto Humanista. Guatemala, 2015

Agradezco mucho esta entrevista, que literalmente responde a lo que realmente es como tal, pues ninguna entrevista puede nunca darse por terminada una realidad y menos aún la personal. Estamos *entre vista y vista, entre ahora y luego*.

Me habrán hecho, como a todo el mundo, muchas entrevistas, pero creo que nunca se podría captar el yo real de nadie de una sola vez, ni siquiera aunque esa entrevista única fuera la suma de todas las entrevistas, una mega súper entrevista con todas las entrevistas; ni siquiera entonces, creo yo, saldría nadie fielmente reflejado. *La persona es lo que siempre queda por entrevistar, lo no entrevistado todavía*. Además, lo entrevisto en la entrevista no es más que eso, lo *entre visto*, lo visto entre una perspectiva y otra, así como también lo visto entre el entrevistador (entrevistadora en este caso) y el entrevistado.

Así que, aun poniendo el máximo empeño en ella, no me hago grandes ilusiones sobre esta nueva entrevista en lo que se refiere a la posible *captación entera de la entera realidad* de lo que uno es, si bien una vez más y con buena voluntad podemos hablar un poco de mí, de mi yo.

Existen muchos yoes en cada yo, muchísimos, y esta es una de las grandes riquezas del ser humano que no concluye nunca.

Existe, por ejemplo, *mi yo social*. ¿Cuál es el yo social de Carlos Díaz? Es un yo social disimétrico, reactivo totalmente a la sociedad que existe; esto sí lo tengo muy claro: desde hace mucho *tiempo no me reconozco absolutamente en nada de lo que rige y tiene vigencia social*, ni de lo que quiere ser la gente, ni de lo que lo que la gente es, y tampoco me reconozco en lo que la gente no quiere ser. De ahí que, ante la sociedad que me ha tocado vivir, experimento

un permanente dolor. Mi yo individual no coincide nunca con el yo social y por eso es por lo que voy corriente arriba, a contracorriente. No sé si resulta cruel o no vivir así.

En mi caso, ya estoy acostumbrado a nadar corriente arriba como lo hacen las truchas. Para una trucha no debe ser muy difícil hacerlo y ya para mí tampoco. Todo es, hasta cierto punto, cuestión de la costumbre. Así que aquí estoy en lucha contra el yo social, no contra las personas concretas, sino contra el devenir histórico, contra lo que quiere ser la gente pues, en definitiva, las gentes quieren ser entes adaptados al capitalismo, lo cual es justamente lo que yo no quiero. Estimo que el capitalismo está reduciendo al hombre a sus superficies personales históricas más degradadas. El hinduismo afirma que en este momento estamos en el nivel más bajo de la Historia de la humanidad, es decir, no en la edad de oro, ni en la edad de plata, ni en la edad de bronce, sino finalmente en la edad de hierro sometida a orín y herrumbre. También yo estoy en la convicción de que todavía queda por bajar más a los infiernos, aunque ya hemos descendido mucho.

Pues bien, si mi yo social no coincide con el de los otros, tampoco coinciden conmigo del todo el yo profesional, ni el yo intelectual, ni el yo vital, ni siquiera el yo que deseo ser, no deseo ninguno de los yoes que esta sociedad ofrece.

Sinceramente, soy *un anarquista*, y esto lo digo con toda paz, pues son muchos años siéndolo, pero infortunadamente tampoco mi yo social anarquista coincide, por desgracia, con lo poquito que hoy queda del anarquismo, que en líneas generales se encuentra inmerso en una gran confusión por cuanto ha devenido una especie de rebeldía infantiloides con fondo hedonista, pues ama la vida de hocico fino —por decirlo de una manera muy dura— y no una seria revolución estructural. El capitalismo, en realidad, siempre ha sido incompatible con el anarquismo clásico que yo defiendo, en la medida en que también el anarquismo ha sido “secularizado”.

Ahora bien, aunque ya he descartado mi adhesión al yo social en esta entrevista y, por tanto, he dejado fuera de mí toda relación del yo propio con el nosotros común y con su correspondiente imaginario social, no me considero en absoluto un asocial, ni un amargado. Haciendo mío el lema de Proudhon *detruam et aedificabo* (destruiré y edificaré) *quisiera rehacerlo todo desde mi* atípico yo utópico; utópico en la medida en que no se encuentra realizado en parte alguna. Lo que vengo intentando, pues, es *rehacer un yo que sea un nosotros* en donde las personas vivan comunitariamente y las comunidades vivan personalmente: esa es la pretensión del *personalismo comunitario* que defiendo desde que tengo uso de razón social.

Resulta bastante difícil para la gente de la era posmoderna entender el planteamiento del *personalismo comunitario*, en la medida en que aparente-

mente, expresa una contradicción pues, si algo fuera *personal*, ¿cómo podría ser a la vez *comunitario*? Esta incapacidad de comprender al yo en relación de intrínseca pertenencia con el nosotros es un producto inevitable del egocentrismo de nuestros días que, pese a la abundancia de redes sociales en el que se mueve, en realidad, no tiene el formato de vasos comunicantes. Sin embargo, el personalismo comunitario pone de relieve que cuanto más “nosotros”, cuantas más sinergias de microutopías, cuantas más comunidades de gentes trabajando juntas en orden al bien común, cuanta más libertad para todos, tanta más libertad también para mí mismo en cuanto individuo. Hablo de libertad real, no de libertad de mercado, pues la libertad de mercado no es la libertad real.

De todo lo cual, se desprende que *mi yo es desconstrutivo, pero no antisocial* va en contra de lo existente, pero no desea hacer camino hacia la nada: eso sería nihilismo. Va en contra de lo dado para rehacer la Historia de la humanidad. Imagínense que pretensión tan utópica, ¿verdad? Yo sé que no la va a realizar nunca nadie en esta tierra, que tampoco nadie la ha realizado nunca en esta tierra a escala de humanidad, pero eso no me sumerge en el lamento ni en la inacción, pues me considero un *destructor activo*, un *destructor impenitente*, y a estas alturas me parece que ya no voy a ser capaz de pasarme a otro tipo de cultura, por muy mayoritaria que ésta fuere. No sé vivir de otro modo.

Pero decíamos que dentro de su unidad existen muchos yoes; o, mejor dicho, muchos niveles de yo: no sólo el intelectual, sino también el sensitivo, el sensible, el vital y el afectivo, como nos hizo ver la fenomenología axiológica de Max Scheler. Son distintos, pero forman una unidad problemática, una unida que es la afectividad inteligente, la inteligencia sentiente o, como a mí me gusta llamarla, *la razón cálida*.

Si, por mi parte, tuviera que definirme conforme a las escalas caracterológicas clásicas, me aventuraría a afirmar que soy en cuanto a la emoción un *emotivo, activo, primario*. Soy hombre de temperamento, a veces con salidas bruscas fuera de tono que no me hacen ningún beneficio ni a mí ni a los demás, y sé que ahí debo mejorar mucho. Pero los budistas hablan de un yo emocional que no es éste yo emocional superficial, el emotivo activo primario reactivo, a veces despectivo por la fuerza de la indignación y quizás también por mi propia incapacidad para igualar las fuerzas de mi indignación con el cariño que debería comportar al propio tiempo esa indignación. Y ello, lo repito, hace sufrir a los demás y a mí mismo.

Ahora bien, como dicen los budistas: hay también un *yo emocional en el plano profundo*. En ese plano profundo es en donde puede encontrarse la inteligencia emocional, la razón cálida. En él me considero un *melancólico*. La verdad es que esto lo digo por primera vez; antes, nunca. Vivo la vida

con una gran melancolía, la cual, aun siendo para muchos un defecto, a mí al menos me sirve para densificar mis estratos afectivos emotivos primarios y sumirme en una paz profunda. Ser melancólico significa para mí recordar y revivir las particularidades de la existencia con paz, con nostalgia, con cariño y con una intensificación unitiva de todos los estratos del yo. Me sirve incluso para tener piedad conmigo mismo cuando no estoy a la altura de lo que quiero llegar a ser sin jamás lograrlo.

Me parece que esta intensificación de mi yo pasado es, en el fondo, compatible con esa tonalidad emocional inmediata reactiva casi violenta y descalificadora que tengo a veces. Así que heme aquí: por arriba, violento; por abajo, tierno, melancólico y sosegado, dando las gracias por todo lo que ha pasado. Esa es la melancolía de la que habló Goethe, si bien los psicólogos de hoy no lo entienden así y la catalogan de otras maneras.

Ahora bien, ¿qué significa para mí ser una persona melancólica en el plano psicológico profundo que —sin perderme en el nihilismo budista— me lleva incluso a sentirme, a veces, en una cierta sintonía emocional astral? Siento que no me pertenezco ni a mí mismo, ni a mi pequeño pueblo natal, ni a ninguna patria, ni a ningún gremio, sino que he nacido en el cosmos, respecto del cual albergo en mi corazón una especie de *apelación metamelancólica*, una llamada que siento en mi corazón por todos los siglos de los siglos, por los infinitos mundos, un ansia de eternidad...

De ahí que me llame tanto aquella afirmación tan hermosa de Kant y que se apodera de mí en los espacios abiertos nocturnos: “Hay dos cosas dentro de mí que me llenan de admiración, tanto más cuanto más las contemplo: el cielo estrellado dentro de mí y la interioridad de la conciencia moral de mi yo profundo dentro de mí”. Entre ese intersticio, el todo de los espacios infinitos y la poquedad de mi realidad física caduca, mi paloma mensajera da con sus alas en los barrotes de su cárcel.

Quisiera referirme también al plano del *yo intelectual*. Con el curso del tiempo, me he convertido en un intelectual. La verdad es que siempre he respetado muchísimo este plano, en el que, ciertamente, me encuentro muy feliz. Es evidente que yo no sé casi nada, pero no lo es menos que, pese a ello, cada vez voy trabajando más en profundo la realidad con ese *intus legere* propio del intelectual que soy. Cualquier cosa me sirve para reflexionar, para enlazar con otros pensamientos. He estudiado varias carreras y ese estudio hace posible la interrelación de conceptos, su eidética, es decir, la reducción a esencia de las cosas y, con ello, la posibilitación de futuros proyectivos. Soy tan feliz al respecto que podría vivir en un monasterio, en una celda, a pesar de mi tensión fuertemente comunitaria; sí, hoy creo que podría vivir en una celda: rezando, cantando salmos, alimentándome, estudiando y publicando.

El asunto de la publicación —que ha consumido mi vida entera— comenzó siendo en mí un deseo de obtener reconocimiento; está bien. Creo yo que ese deseo se me desbocó, me atropelló y fui tenido por el yo teniente. Cuanto más publicaba, más vanidoso me vi; eso está mal. Pues fíjense que en mi yo actual encuentro que todo eso, lo que está bien y lo que está mal, perecerá, pero que ha sido escrito con un gran amor y de eso me encuentro muy orgulloso: he trabajado todos los días de mi vida para ser, vamos a decirlo incluso en un tono autorridiculizante, *un petit savant*, un pequeño sabio.

No conozco a nadie que haya trabajado más horas que yo, afirmación que parecerá ridícula, infantil, soberbia, falsa y bochornosa; no digo que no lo haya; digo tan sólo que yo no lo conozco. Habrá millones de gentes más laboriosas, pero yo no las conozco. Leo un libro que me lleva a leer otro libro y éste a la lectura simultánea de otros. Escribo un libro que me abre a la escritura simultánea de otros varios. Tengo lleno el telar. En mi caso, el trabajo sigue al trabajo y a este nuevo trabajo que sigue al anterior le sigue otro venidero. Por las noches, sueño los libros y ellos me sueñan, como las novelas de don Miguel de Unamuno. Diez, once, doce horas de estudio diario, *ese, eso soy yo*.

A veces, la gente mira por tal motivo con cierta admiración a este pequeño *ego* mío —lo cual, a estas alturas, no me sirve de vanagloria en absoluto, aunque me parece que es digno de admirar y no de *admirarme*—. Pero, sinceramente, creo que ya he perdido bastante la enfatuada necesidad de reconocimiento.

Estoy orgulloso por el esfuerzo y por quienes me han ayudado en el esfuerzo para poder llegar a sostenerlo hasta hoy con el máximo vigor. Pero, no interesándome ya en absoluto el culto ajeno a esa virtud mía de la laboriosidad, lo que quiero transmitir realmente, lo único que me importa, es transfundir ese esfuerzo sapiencial (mi pobre sabiduría) a la entera humanidad, lo que busco con denuedo es que la gente me aproveche, que la gente crezca con lo poco que creo estar en condiciones de enseñar.

Vengo, de este modo, a afirmar que, en lo más profundo de mí mismo, *me considero un maestro*, que soy maestro, que me encanta enseñar cara a cara, en tiempo real y con capacidad para la relación docente yo-y-tú en directo, sentir la emoción de una sala que vibra, en la cual no se oye una mosca mientras me entrego a públicos más amplios con esta endopatía profunda que se da casi automáticamente, de forma mágica, entre el público y yo, donde también yo me pierdo en el público. Pongo el pie en el estrado y ya estamos todos. Entonces soy uno con todos y todos son uno conmigo, y aunque me dé igual el número de los asistentes, cuanto más gente mejor. Mejor si hay cinco mil personas que me escuchan que si hay quinientas.

Es un don que Dios me ha dado y que quisiera continuar transfundiendo. Por eso estoy tan orgulloso de haber sido y ser maestro; ni siquiera me conformo con ser profesor. Maestro, claro está, habré sido solamente para quienes me hayan reconocido como tal, a quienes haya tocado con mi alma la suya, si bien a cuánto tanto por ciento de ellas nunca lo sabré: no estoy para llevar esa cuenta. Ya no cuantifico, ya no me importa; incluso aunque nadie pudiera aprovechar mi pequeño bagaje conceptual, no me importaría ya; en esto he purificado mi erostratismo, mi egocentrismo pueril y jactancioso. Sí: “aunque no hubiera cielo, yo te amara,/ y aunque no hubiera inferno, te temiera”, y aunque no hubiera alumnos, yo enseñara. Si un día estos últimos me faltan, le hablaré al Monte Auvernia. Sinceramente, porque creo que la sabiduría es todo lo que queda cuando todo se ha olvidado y, hasta cierto punto, ha entrado en reconciliación interior; así, al menos, me veo yo a mí mismo a esta propecta edad, con razón o sin ella.

Me gustaría ahora abrir un tercer segmento de esta entrevista, el del *yo presente-ausente*. El yo presente es el yo de ahora, pero ahora mi yo presente no coincide con mis otros yoes presentes del presente pasado. Cuando me asomo a ese fondo insondable, a ese abismo, a esa profunda e interminable realidad que una persona es, me pregunto: ¿cuántas veces habré cambiado?, ¿cuántos y cómo habrán sido los yoes de mi yo?, ¿cuál de ellos me habrá representado con mayor veracidad efectiva y afectiva? Pero el yo pasado fue presente, el yo presente está comenzando a ser pasado, el yo futuro se convertirá a su vez en presente y pasado. Aquí, me acuerdo inevitablemente de San Agustín: “¿Qué es el tiempo? Si alguien me preguntara por él no sabría responderle, pero si no me preguntan por él sí lo sé”. Siempre es más difícil la respuesta cuando es el otro quien interroga. Por eso nadie sabe mejor quién es uno que aquel tú que le ama. De ahí que esta entrevista sólo podría “*entre-vistarla*” en mi caso quien o quienes auténticamente me hayan amado y, por eso, también enseñado a amar: no somos sólo por lo que hemos amado, sino por lo que haya habido en nosotros de amados. No en vano también yo he aprendido a enseñar que *somos amados, luego existimos*.

Mi *niño pequeñito* de ayer y de hoy fue siempre y, hasta la fecha, sigue siendo un niño méndigo, pordiosero a la búsqueda de cariño. He tenido una enorme voracidad por ser querido, tanta que aún la conservo de otra manera; hubiera hecho todo por haberme sentido querido siempre y en todo lugar.

Hubiera querido un amor personal, familiar, comunitario, cósmico. Me hubiera gustado familiarizarme así en esa familia de familias, quererla como quizá no la haya sabido querer ni construir. Mi adolescencia de jovencito que destacaba intelectualmente no me compensaba los vacíos afectivos. Por eso mi adolescencia amorosa, mi primer amor no lo he olvidado nunca. Después

de él todos los amores han sido para mí una parte de un mismo amor. Desde el punto de vista del amor, más que una quiete sosegada fue la mía una *geomancia*, una *thalatomaquia* y una *aeromaquia*; luché por tierra, mar y aire. Ningún espacio sideral dejo de verme sin gigantomaquia en pos del amor cosmomáquico.

Por lo demás, como —dada mi somática inquietud— odiaba desde pequeño el estudio, me resultaba casi imposible permanecer sentado en la misma silla; apenas podía soportarlo. Y, aunque necesitaba la calle, el aire y el juego ininterrumpido, al fin se doblegó mi carácter; aquella lucha la gané porque hubo quien me ayudó a ser el actual sedentario. ¿Dónde habrá ido a parar aquella infancia a la que gané, derroté y sublimé? Fue —según lo veo hoy— un acto dialéctico de lucha militante hacia arriba que, después de haber sido hasta entonces gran promotor de Paul Anka frente a los acérrimos de Elvis Presley, se entregaba ya sin reservas y con admiración, vencedor y vencido, a Mozart, Beethoven, Bach.

Y aquella melancolía atrás aludida me interpela todavía: ¿Dónde fuiste a parar, Carlitos Twist; merece la pena tu mutación; es algo que tú has hecho contigo, o algo que la vida ha hecho contigo? En mi septuagenario, yo presente, corre por mis venas el ser que fue, pero también la levedad del no ser que soy, así como el peso de la decadencia biológica que estoy llegando a ser. Pero aquí, con la marca del tiempo cada vez más en mi rostro, yo soy ahora (o lo que queda de mi yo) un viejo sabio en el sentido tranquilo, un pequeño filósofo todavía en lucha ilusionada.

Conservo ese pasado anarquista militante, conservo mi admiración por el movimiento obrero y mi vocación contra la injusticia a favor de la libertad, la igualdad y la fraternidad, conservo la base de mi fe católica y, conservándolo todo, avanzo confiado hacia la muerte aferrado a la divina misericordia de un Dios que me conoce y, sin embargo, me ama. A los pobres que lo son de verdad, a los que son oprimidos y explotados, los venero. A los ricos impíos, a los ricos criminales, los amo luchando contra ellos; aunque ellos no comprendan que mi amor se traduzca en lucha contra todo aquello que en ellos y contra ellos resulta degradante, porque ellos mismos se hacen daño a sí mismos sin saberlo y porque sabiéndolo hacen daño a los demás, aunque no quisieran saberlo.

Y ya no me gustaría decir más. Estoy cansado.

Mil gracias.

